

EL DISCURSO DE LA TRANSITORIEDAD CARNAVALESCA EN *EL ANIMAL PÚBLICO* DE MANUEL DELGADO

En la producción ensayística española actual sobresale una corriente de pensamiento focalizada en temas de reflexión sociopolítica que se remonta intertextualmente hasta lo expuesto por José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*. Entre los numerosos ejemplos susceptibles de ser enumerados a este respecto conviene referirse a *Los límites de la comunidad y Vindicación del ciudadano. Un sujeto reflexivo en una sociedad compleja* de Carlos Thiebaut, lo mismo que a *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía* y *Los ciudadanos como protagonistas* de Adela Cortina¹. Dentro de dicho contexto cultural amplio habría que incluir la línea racionante seguida por Manuel Delgado en *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, en donde se interpela de algún modo —al tiempo que se reconoce como deudor suyo— lo denunciado por críticos sociales como Richard Sennet en *Oligarchy in Colonial American Politics* y Jane Jacobs en *The Death and Life of Great American Cities* cuando se lamentaban de la decadencia de un espacio urbano que sólo conservaba el valor del caos amable en movimiento o la disonancia demostrada a lo largo de las expansiones de población ocurridas en el siglo XX. Teniendo en

¹ Tanto Thiebaut como Cortina encuadran sus respectivas argumentaciones en la polémica surgida en torno al pensamiento político, bien sea de signo comunitarista o liberal y, en algunas ocasiones, también republicano. Para una aplicación concreta de las consecuencias específicas de dicha controversia las aportaciones de **Elósegui, María**. *El derecho a la igualdad y a la diferencia. El republicanismo intercultural desde la Filosofía del Derecho* (Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 1998), constituyen un imprescindible instrumento de trabajo.

cuenta tal situación sociológica relacionada con dicho espacio que ya ha existido durante doscientos años como mínimo, cabe preguntarse si las conclusiones a las que se llegaría al estudiar ese fenómeno constituyen un cuadro tan inédito como podría darse por supuesto, o si, por el contrario, se trata de un asunto propio de sociedades modernas inestables, generadoras de incertidumbre y que conocerían su expresión más genuina en la animación constante y con frecuencia frenética de las calles.

En las páginas que siguen se parte del análisis cultural realizado en *El animal público*, para evidenciar que en dicho trato otorgado al comportamiento urbano aparecen claros indicios de lo que Mikhail Bakhtin, en términos de teoría literaria, ha denominado discurso carnavalesco². En *Rabelais and His World*, tal crítico presenta la subversión contra el orden impuesto bajo la forma de fiesta o carnaval, de que se sirven individuos concretos, aun en medio de su aislamiento, para poner de manifiesto y proyectar tanto su descontento como sus respectivas actitudes de protesta y contestación acusadora. Para decirlo de otra forma, el discurso carnavalesco vendría a consistir en un movimiento polifónico que impugna o ignora la lógica de los discursos codificados y hasta las censuras de la gramática, disciplina a la que Friedrich Nietzsche confirió una vocación dictatorial en la línea argumentativa seguida a lo largo de las reflexiones filosóficas expuestas en *El gay saber* y *Ecce Homo*, conforme lo han advertido con conocimiento de causa Gilles Deleuze en *Nietzsche y la filosofía* y José Antonio Marina en *Elogio y refutación del ingenio*³. En consonancia con el carácter trasgresor de lo implacablemente

² Conforme **Anthony Wall** y **Clive Thomson** han advertido muy acertadamente en *Cleaning Up Bakhtin's Carnival Act // Diacritics* 23.2 (Summer, 1993) 47-70, lo que se suele atribuir al pensamiento de Bakhtin no siempre se corresponde con lo defendido explícitamente por dicho crítico. Puesto que este artículo no pretende ser un estudio exhaustivo de lo expuesto con exclusividad originaria en los escritos de Bakhtin, los conceptos utilizados poseen amplias connotaciones muy generales, evitando entrar en controversias sobre delimitaciones específicas de aspectos determinados mantenidos por un pensador cuya influencia en estudios teóricos no es en modo alguno desdeñable.

³ Al desprecio olímpico que demostró poseer Nietzsche hacia las constricciones gramaticales del idioma han aludido **Burgos Díaz, Elvira** en *Dioniso en la filosofía del joven Nietzsche* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1993), **Jiménez Moreno, Luis** en *El pensamiento de Nietzsche* (Madrid: Cincel, 1986) **Lynch, Enrique** en

te establecido aun en el orden lingüístico, para Bakhtin el ámbito de lo carnavalesco sería en todo caso una cosmogonía sin sustancia, sin identidad y sin causa. Sólo existe debido a las relaciones que suscita y que, a su vez, lo ocasionan. En él todo son distancias, conexiones, analogías, posicionamientos alejados, pero no excluyentes, y diálogos pluridireccionales. El sujeto de esta carnalidad se correspondería al caracterizado como viandante por Michel de Certeau en *The Practice of Everyday Life, Heterologies. Discourse on the Other y Culture in the Plural*⁴. Tanto uno como otro poseen rasgos portadores de un parecido de familia propenso a incluir el anonimato puro en unos casos y el disfraz enmascarador de un rostro siempre cambiante en otros.

En *El animal público*, al discurso carnavalesco se le relaciona directamente con lo entendido como propio del espacio urbano, que no necesariamente coincide con el amplio abanico de connotaciones desprendidas del territorio de la ciudad. Si ésta se constituye como un gran asentamiento de construcciones estables, habitado por una población numerosa y densa, la urbanidad se incluiría en un tipo de agrupación inestable que puede darse en la ciudad o no. Conviene matizar esta diferencia fundamental advirtiendo que lo implicado en el ámbito urbano es precisamente la movilidad, los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la agitación como fuente de un presunto intento reestructurante de una colectividad que se resiste una y otra vez a cualquier encuadramiento vertebrador. Todo esto da lugar a la constante formación de sociedades coyunturales e inopinadas cuyo destino es disolverse al poco tiempo de haberse generado, ya que las configuraciones creadas son escasamente orgánicas, poco o

Dioniso dormido sobre un tigre. A través de Nietzsche y su teoría del lenguaje (Barcelona: Destino, 1993), **Morey, Miguel** en *Friedrich Nietzsche, una biografía* (Barcelona: Archipiélago, 1993), **Pérez Masada, Eduardo** en *Música como idea, música como destino: Wagner-Nietzsche* (Madrid: Tecnos, 1993) y **Valverde, José María** en *Nietzsche. de filólogo a Anticristo* (Barcelona: Planeta, 1993).

⁴ A la hora de indagar las múltiples y variadas implicaciones que se siguen del raciocinio argumentado por De Certeau, convendría prestar atención a lo advertido con conocimiento de causa por **Terdiman, Richard** en *The Response of the Other // Diacritics* 22/2 (1992) 2-11. **Chartier, Roger** en *Laborers and Voyagers: From the Text to the Reader // Diacritics* 22/2 (1992) 49-62 y **Poster, Mark** en *The Question of Agency: Michel de Certeau and the History of Consumerism // Diacritics* 22/2 (1992) 94-107.

nada solidificadas, sometidas a oscilación constante y dirigidas a desvanecerse enseguida. El espacio originado en tales circunstancias no debería ser visto como desestructurado, sino en proceso permanente de estructuración, provocando el surgimiento de protoestructuras que quedan finalmente abortadas. Dicho de otro modo, se detecta en tal espacio un intento justo por establecer un cierto orden, sin que nunca se pueda ver finalizada su tarea, y sin tampoco llegar a resultado definitivo. Por consiguiente, el espacio urbano no se encuentra estructurado en forma alguna, sino que es propenso a participar en un inédito y espontáneo proceso de estructuración social, focalizada en torno al anonimato y al desentendimiento mutuo, o bien surgido a partir de relaciones efímeras basadas en la apariencia, la percepción inmediata, el simulacro y hasta el propio disimulo⁵. Como puede muy bien observarse, en tales circunstancias el apresamiento de lo considerado como íntimo e intransferible parece brillar por su ausencia. A este respecto se lee en *El animal público*:

...El hecho de que el dominio de lo público se oponga tan taxativamente al de la inmanencia de lo íntimo como refugio de lo de veras natural en el hombre, hace casi inevitable que aquél parezca con frecuencia como insoportablemente complejo y contradictorio, sin sentido, vacío, desalmado, frío, moralmente inferior o incluso decididamente inmoral, etc (12-13).

Según se repite con frecuencia a lo largo de la línea racionante mantenida por Delgado en el texto ensayístico aquí estudiado, de la vivencia del espacio urbano se derivan sociedades instantáneas, en algunas ocasiones microscópicas, que se producen entre desconocidos habitantes de relaciones transitorias y que se construyen a partir de pautas repletas de un cierto enmascaramiento histriónico, las cuales a su vez resultan imprescindibles, debido a la espontaneidad irrefrenable que las caracteriza. Dichas asociaciones inopinadas irrumpen en el

⁵ La codificación deshumanizante del simulacro en la tardomodernidad ha sido tratada ensayísticamente por Eduardo Subirats en *La cultura como espectáculo* e Ignacio Gómez de Liaño en *La mentira social*. En las reflexiones de estos escritores es fácil encontrar huellas intertextuales de lo argumentado por **Baudrillard, Jean** en *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós, 1978 y *El espejo de la producción*, Barcelona: Gedisa, 1980.

momento menos pensado y sus dispersos protagonistas son personajes sin nombre, seres desconocidos, que parecen proteger su presunta intimidad respecto a un mundo tal vez percibido como potencialmente hostil, constituido en fuente de posibles peligros para la identidad personal, en el caso de que ésta existiera. En *El animal público* a dichos personajes se los denomina urbanitas, en el sentido no de habitantes de la ciudad sino de practicantes de lo urbano, y de ellos no se sabe casi nada, puesto que gran parte de su actividad en los espacios por los que se desplazan consiste en ocultar o apenas insinuar quiénes son, de dónde vienen, a dónde se dirigen, a qué se dedican, cuál es su ocupación o su procedencia o qué pretenden y buscan. Detrás de este comportamiento Delgado detecta un cierto sentimiento de vulnerabilidad, el cual todavía intensifica más que los personajes viandantes del espacio urbano pasen gran parte de su tiempo –y en la medida en que les resulta posible– escamoteando u ofreciendo señales parciales o falsas acerca de lo que pudiera ser interpretado como señas de una presunta identidad, tal vez no factible. La desconfianza y necesidad de preservar a toda costa algo considerado como propio provoca un alejamiento social propenso a conducir a la clandestinidad en unos casos o al camuflaje en otros, llegando a adoptarse estrategias carnavalescas miméticas, que negocian insinceramente los términos de su copresencia, implementando también tácticas adecuadas a cada momento concreto. Según esto, la vida urbana sería comparable a un gran baile de máscaras ciertamente, pero en el que, sin embargo, ningún disfraz aparece acabado por completo antes de su exhibición. Dichas máscaras, en efecto, se confeccionan por sus usuarios en función de los requisitos de cada situación específica, a partir de una lógica coyuntural en que se combinan las aproximaciones y distanciamientos con respecto a los otros. A todo esto se precisa añadir que el comportamiento de los personajes viandantes insertos en el espacio urbano vendría a ser un juego cuya finalidad parece consistir en tratar de organizar situaciones impredecibles e inéditas, en las que existe un fuerte componente de azar, ajeno a necesidad alguna y a determinaciones anticipadas.

De lo expuesto en *El animal público* se desprende que es característico de la constitución de los espacios urbanos el hecho de que en ellos los vínculos establecidos sean preferentemente laxos y no

forzados; los intercambios aparecen en gran medida no programados; los encuentros más estratégicos pueden ser fortuitos; domina la incertidumbre sobre interacciones inminentes; las informaciones cruciales acaso sean obtenidas por casualidad y el género de relaciones sociales se produce entre desconocidos o, en el mejor de los casos, entre conocidos de vista, conforme lo han puesto de manifiesto J. Remy y L. Voye en *La ville: vers une nouvelle définition?* En este estudio crítico se establece con claridad que lo opuesto a lo urbano no es lo rural, sino una forma de vida en la que se registra una cierta conjunción entre la morfología espacial y la estructuración de funciones sociales y que puede asociarse a su vez al conjunto de fórmulas de vida interactiva basada en obligaciones rutinarias⁶. Desde esta perspectiva, la vida cotidiana se valora en tanto en cuanto que es considerada como un proceso inestable mediante el cual se resuelven significativamente posibles problemas, adaptando a cada oportunidad la naturaleza y la pertinencia de sus soluciones prácticas. A este respecto conviene recordar que la reivindicación de la cotidianidad, considerada en toda su relevancia existencial a lo largo de las páginas de *El animal público* ha sido también un motivo temático en la ensayística española actual, según se evidencia en lo expuesto con todo lujo de detalles por José Luis L. Aranguren en *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*, Javier Sádaba en *Saber vivir* y Carlos Díaz en *Intensamente. cotidianamente*. Estos escritores, lo mismo que el propio Delgado, encuadran su progresiva valoración de la vida cotidiana en contraste abierto con la tendencia filosófica de la modernidad caracterizada por la abstracción total del ser pensante en *Discourse on Method and the Meditations* de René Descartes, del sujeto trascendental en la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant, del

⁶ **Redfield, Robert** en *Little Community and Peasant Society and Culture* (Chicago University Press, 1989) y **Dinger, Milton** en *Semiotics of Cities. Selves and Cultures. Explorations in Semiotic Anthropology* (New York: Mouton de Gruyter, 1991) advirtieron que hay ciudades poco o nada urbanizadas, en las que la movilidad y la accesibilidad no están aseguradas, como ocurre en los escenarios de conflictos que compartimentan el territorio ciudadano y hacen difíciles o imposibles los tránsitos. En cambio, no hay razón por la cual los espacios naturales abiertos o las aldeas más recónditas no puedan conocer relaciones tan típicamente urbanas como las que se producen en una plaza, o metro de cualquier metrópoli.

espíritu absoluto en *Fenomenología del espíritu* de G. W. F. Hegel y del ser en el mundo en *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger⁷.

La cotidianidad reivindicada en *El animal público* tiene lugar en un espacio urbano muy difícil de controlar debido a la alteración transitoria acaecida en él y fomentada por un cúmulo ininterrumpido de estímulos sensoriales, hechos de secuencias de acción, excitaciones imprevistas e impresiones inesperadas. Cabría, pues, advertir que dicho espacio de las sociedades urbanizadas ha quedado vacante de lo que Peter L. Berger, en *Facing Up to Modernity: Excursions in Society. Politics and Religion*, e *Invitation to Sociology: A Humanistic Perspective* considera una bóveda simbólica, repleta de fuentes verdaderamente totalizadoras que legitimaran e hicieran subjetivamente significativas las prácticas sociales y las vivencias cotidianas. Desde tal perspectiva, la calle, entendida como la expresión más representativa del espacio urbano, consiste también en el exponente máximo de los peligros de una desestructuración concebida como el reverso de cualquier fuente trascendente de orden en la vida social. En consecuencia y conforme ha señalado Rafael Argullol en *Territorio del nómada*, la calle puede muy bien convertirse en el teatro de los delirios de masas, de los circuitos irracionales de muchedumbres desorientadas, de la incomunicación, del aislamiento moral y de la soledad. A todo esto se precisa añadir que el espacio urbano vendría a ser algo así como el ámbito de las indeterminaciones morales, en el que nadie puede aspirar a realizar su propia autenticidad y en donde los demás constituyen un peligro o tal vez sean indiferentes, provocando el alejamiento mutuo, en unos casos, y una neutralidad aséptica, en otros. No obstante, conviene puntualizar que Delgado no ostenta una visión totalmente negativa de dicho espacio urbano, ya que en él sabe reconocer la existencia de todo tipo de corrientes exis-

⁷ Lo argumentado por Aranguren, Sádaba, Díaz y Delgado ha sido defendido también por un grupo cada vez más nutrido de ensayistas españoles, entre los que se encuentran **Miguel, Amando de**, en *Introducción a la sociología de la vida cotidiana* (Madrid: Edicusa, 1969), **Ruiz-Rico, Juan José** en *Política y vida cotidiana. Un estudio en la ocultación social del poder* (Barcelona: Anthropos, 1980) y **Verdú, Vicente** en *Sentimientos de la vida cotidiana* (Madrid: ediciones Libertarias, 1984), para los que la cotidianidad no se identifica con lo uniforme, lo aburrido, lo in interesante y lo ridículo que no merece la pena ni siquiera ser tenido en cuenta.

tenciales, manifestadas en encuentros, sacudidas, estupefacciones, fulgores, sobresaltos, experiencias y posesiones. De la siguiente manera se describe en *El animal público* tal situación plurivalente y en modo alguno unívoca:

...lo urbano provoca una disposición lacustre, hecha de disoluciones y coagulaciones fugaces, de socialidades minimalistas y frías conectadas entre sí hasta el infinito, pero también constantemente interrumpidas de repente. En el espacio público no hay asimilación, ni integración, ni paz, a no ser acuerdos provisionales con quienes bien podrían percibirse como antagónicos, puesto que la calle es el espacio de *todos los otros*. Ningún individuo ni ningún grupo, en la ciudad, pueden pasarse todo tiempo en su nido, en su guarida o en su trinchera. Tarde o temprano no les quedará más remedio que salir a campo abierto, quedar a la intemperie, a la plena exposición, allí donde cabe esperar el perdón, en forma de indiferencia, de los más irreconciliables enemigos. La calle encarna, hace realidad, aquella ilusión que el comunismo libertario diseñara para *toda* la sociedad: la sociedad espontánea, reducida a un haz de pautas integradoras mínimas, sin apenas control, autoorganizando automáticamente sus moléculas... Una calle *siempre* es así, una confusión autoordenada en la que los elementos negocian su cohabitación y reafirman constantemente sus pactos de colaboración o cuando menos de no agresión. (189-190)

En conformidad con lo advertido por Delgado, el espacio público, o lugar específico de lo propiamente considerado urbano, se presta a ser contemplado como el de la proliferación y el entrecruzamiento de relatos fragmentados, permanentemente interrumpidos y retomados en otro sitio por nuevos interlocutores. Tal espacio se constituye en el ámbito de los pasajes y tránsitos, reconociendo como su máximo valor la accesibilidad, a pesar de que no se sepa exactamente y en todo momento lo que en él suceda, según lo han señalado Gillet Deleuze y Félix Guattari en *Mille Plateaux*⁸. De cualquier forma, la calle, en cuanto expresión de la urbanidad, sería susceptible de ser considerada como un mecanismo digestivo que se alimenta de todo, sin desechar

⁸ A la hora de estudiar las líneas de fuga que funcionan en un espacio abocado a la desterritorialización, lo expuesto por **Stivale, Charles** en *The Two-Fold Thought of Deleuze and Guattari* (New York: The Guilford Press, 1998) se ha convertido en una valiosa referencia, digna de ser tenida en cuenta y no desdeñable en modo alguno.

nada. De ahí procede la naturaleza colectiva de lo que en ella acontece y que se refleja, de hecho, en paseos, merodeos, comitivas sin objeto y sin fin, vagabundeos totalmente alejados de cualquier sistematización organizada o comunitaria. No debe olvidarse, a tal efecto, que el espacio público, según se lee una y otra vez en *El animal público*, tiene declarada la guerra a muerte contra todo aquello que pueda significar o suponer un tejido celular definitivamente estructurado. Ha sido Víctor Turner el que en *La selva de los símbolos* ha advertido que, en tales circunstancias, el estado del sujeto o pasajero es ambiguo en alto grado, puesto que se le sorprende atravesando un espacio en el que encuentra muy pocos o ningún atributo tanto de lo acaecido en el pasado como de lo susceptible de suceder en el porvenir. Para decirlo de otro modo, ya no se es lo que se era, pero todavía no se es lo que será. En todo caso, tal sujeto se encuentra en el límite, siendo consciente de la desazón que caracteriza a la inminencia y proximidad a la nada. A dicho respecto, en *El ser y el tiempo* y *¿Qué es metafísica?* Heidegger reconoce que al perderse de vista todos los anclajes y sus respectivas referencias, sólo queda el puro existir y la convicción de estar suspenso sin que haya nada donde agarrarse⁹. Semejante estado liminal puede ser considerado como una negación contundente de todos los asertos positivos, pero también y al mismo tiempo como la fuente de ellos y, aún más que eso, como el reino de la posibilidad pura, de la que surge toda configuración potencial. Aunque es cierto que el pasajero y viandante por dicho límite acaso lleguen a reconocer su propia finitud y extrema vulnerabilidad, no debe perderse de vista que su nihilización liminal podría muy bien corresponderse con la idea de moralidad abierta, equivalente al impulso básico de donde, según lo advertido por Henri Bergson en *La evolución creadora*, *La energía espiritual* y *El pensamiento y lo moviente*, surgen todas las formas de arte y

⁹ La consideración del devenir en estado puro ha sido caracterizada como un “un pensar en infinitivo” por Deleuze, Gilles en *Différence et répétition*, *The Fold* (París: P.U.F., 1968) y *Lógica del sentido* (Barcelona: Anagrama, 1971). Para una mayor dilucidación crítica de lo involucrado en tal proceso de genuina actividad puede consultarse el raciocinio argumentativo expuesto por Forastieri-Braschi, Eduardo en *Sobre Deleuze: Pensar en infinitivo // Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 6 (1997) 221-239.

creatividad¹⁰. No obstante, se precisa tener en cuenta que en las situaciones liminales todo lo que compone la experiencia de la vida social es disuelto y reorganizado de una forma aparentemente desquiciada, excesivamente fantástica, distorsionada, aislando y descolocando los componentes de estructuras sociosimbólicas hasta permitir una contemplación distanciada de su presunto significado. De la siguiente forma se alude en *El animal público* a los sujetos que transitan por espacios convertidos en límites desarraigados:

Entre nosotros, ese papel de transeúntes “a tiempo completo” que hace de ellos monstruos del umbral *-monstruos* en el sentido de anomalías inclasificables, desconyuntamientos de lo considerado normal lo desempeñan personajes que muestran hasta qué punto son intercambiables los estados de anomia y de liminalidad. Se trata de, entre otros, los inmigrantes, los adolescentes, los enamorados, los artistas y los *outsiders* en general. Todos ellos son útiles para catalizar, bajo el aspecto de su extrañamiento, la mismidad del sistema que los rechaza, y que los rechaza no porque sean intrusos en su seno, sino precisamente porque representan una exageración o una miniatura, una caricatura inquietante en cualquier caso, de un estado de cosas social. La eficacia simbólica de esas personalidades nihilizadas -es decir, a las que no se permite ser *algo en particular-* procede paradójicamente de su ubicación en los márgenes del sistema: en apariencia postergados, son esos seres anómicos los que pueden ofrecer una imagen insuperable de la integración, una visión de conjunto a la que los elementos sociales presuntamente situados de todo *dentro* jamás podrán acceder. (111-112)

Los personajes marginales que se mueven por el espacio urbano pueden muy bien desempeñar un papel consistente en anunciar una configuración futura o señalar el estallido de una estructura presente¹¹. Estos seres que circulan por dicho espacio transitivo son especial-

¹⁰ Las implicaciones racionantes del proceso creador, tal como es tratado filosóficamente a lo largo de los escritos de Bergson, han sido estudiadas con detalle y precisión por **Izuzquiza, Ignacio** en *Henri Bergson: La arquitectura del deseo*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1986.

¹¹ Una ejemplificación diegética del comportamiento de personajes que el sistema de poder estructurado en torno a la ciudad segrega a los márgenes, insertos en el espacio público, aparece en la historia relatada a lo largo de las páginas de la novela *Ronda de noche* (Barcelona: Seix Barral, 1998) de **José Jiménez Lozano**.

mente vulnerables, pero su eficacia existencial y carnavalesca se agudiza allí donde la hipervigilancia se debilita de la forma que sea, llegando a producirse los desacatos y las revueltas. Todo esto pone en evidencia que el umbral o margen se encuentra integrado fundamentalmente en el espacio público y, en modo alguno, el comportamiento de los personajes que por él circulan están en la orilla de lo social, sino más bien en el núcleo de su actividad. Por consiguiente, con razón se puede calificar a dichos personajes como transversales, en el doble sentido que tiene la característica de lo transversal, es decir, como algo que atraviesa, pero también como algo que se desvía. Conviene puntualizar a este respecto que por un lado es cierto que esos personajes están en una situación de margen social, pero no al margen, sino en el margen. Desde otra perspectiva, en cuanto transversales, son también transgresores y no tienen, por ello, nada de tangencial. En cualquier caso, es desde el límite, en donde se produce la transversalidad carnavalesca que contribuye a evidenciar una vida polimorfa, policelular, camaleónica, una instancia sin rostro, hormigueante, dislocada, en la que cabe todo, siendo rica en posibilidades, sin que en ella haya un punto final de llegada o una razón absoluta, desencarnada y fija, desde la que emitir juicios definitivos sobre todo.

Según se lee en *El animal público*, el espacio urbano es propenso al fomento de una transversalidad que lo caracteriza y diferencia del ámbito propio de la ciudad estructurada. En tal espacio, tanto el límite constituido por los márgenes como los personajes que en él se insertan con gran movilidad no sólo desafían carnavalescamente el orden establecido e impuesto con connotaciones opresoras, sino que fomentan también el tránsito entre sitios diversos, produciendo un constante desplazamiento y una alteridad generalizada que impide la territorialización estructurada de tal espacio. Dicho de otro modo, es en las fronteras múltiples y en expansión que conforman el espacio público, de espaldas e indiferentes a los presuntos centros institucionales del poder, la política, la cultura o la sociedad, donde acaece lo más imprevisto, anómalo, extraño y extravagante. Así pues, el espacio público se encuentra repleto de un ámbito nunca extinguido de potencialidad continua, en el que tanto el encuentro entusiasta como la disyunción distante y alejadora aparecen indisociables el uno de la otra, produciéndose un desgarramiento existencial respecto a cual-

quier tipo de enclave homogeneizante y unidireccional. Acaso estas características de dicho espacio coincidan con lo que Karl Popper en *The Open Society and its Enemies* ha descrito como el individualismo de una sociedad abierta, cuyo rasgo más notable sea la impugnabilidad y protección defensiva frente a cualquier principio cosmovisual y totalizante que proyectara pretensiones definitivamente inalterables.

A la hora de oponerse a un centro de poder dominador de lo existente, Delgado insiste una vez más en la ya referida distinción entre el ámbito de la ciudad, en la que la opresión política puede fácilmente ejercerse, y el del espacio urbano, donde tal pretendido autoritarismo se muestra incapaz de extender sus redes omnipresentes. En tales circunstancias, en *El animal público* se identifica tal espacio con el lugar en el que fácilmente se puede producir la epifanía de una sociedad democrática. No debe olvidarse a este respecto que el espacio urbano, aunque es contundente exterioridad, también se presta a ser considerado como un genuino entrecruzamiento de subjetividades e intereses coincidentes, en los que tal vez se constituya algo así como un horizonte abierto, poroso y móvil. En consecuencia, es aquello que muestra cierta proclividad a incluirse en el ámbito urbano, lo que vendría a ser inabarcable en su conjunto, resistiéndose a una planificación ineludible, puesto que se encuentra sometido a dinámicas en gran medida azarosas e indeterminadas. Por el contrario, la ciudad sí que se presta a convertirse en objeto de mirada global y, a partir de ella, de programas tal vez totalizadores, según lo ha sabido recibir con perspicacia y acierto Hannah Arendt en *The Human Condition* y *The Origins of Totalitarianism*¹². En el espacio urbano, la dominación es inconcebible, ya que en él sobresale la libertad, entendida como predisposición igualitaria del conjunto de los ciudadanos a participar en los asuntos públicos. A este espacio ha aludido Jürgen Habermas en *L'espace public. Archéologie de la*

¹² Hannah Arendt supo establecer una conexión conceptual directa entre lo connotado semánticamente por el espacio cerrado de la ciudad y lo experimentado con reverberaciones angustiosas y alienadoras. Tal relación ha sido estudiada por **Calhoun, Craig** en *Plurality, Promises, and Public Spaces / Hannah Arendt and the Meaning of Politics* / Calhoun, Craig. John McGowan, Eds. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997. 232-263; y **McGowan, John** en *Hannah Arendt. An Introduction*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1998.

publicité comme dimension constitutive cuando reconoce que de él brota un impulso crítico que no cesa de pedir cuentas al poder constituido, siempre predispuesto a poner entre paréntesis la diversidad de formas de actuar, pensar, sentir y expresarse, con el fin de conseguir crear una identidad que prevaleciera sobre cualquier tipo de embate desestabilizador¹³. Por otro lado, conviene advertir que la búsqueda de amparo en tal poder totalizante resulta tentadora en grado extremo, sobre todo teniendo en cuenta el sentimiento de soledad, desolación y angustia que puede brotar en los entresijos transversales del espacio urbano. A tal respecto, en *El animal público* se reconoce de la siguiente forma el impulso proveniente de dicho sentimiento existencial.

...Todas las fuentes de ansiedad para el ser humano de nuestros días parecen haber encontrado en las calles su escenario predilecto: la disolución de las certezas, la inseguridad física y moral, el estallido de la experiencia, la impotencia ante las tendencias contradictorias pero simultáneas hacia la unificación y la heterogeneización, el vaciamiento, la dimisión de toda ética. Sin negar lo que para muchos puede ser la evidencia de una desertificación progresiva de la vida cotidiana, no es menos cierto que en ese mismo espacio público puede realizarse lo que Anthony Giddens llamaba la *modernidad radical*, posibilidad de avanzar las promesas de un proyecto moderno inconcluso y frustrado, todavía *por hacer*. (207-208)

Según se desprende de lo expresado al final de este texto citado, es el espacio urbano donde el compromiso político tal vez sea capaz de cobrar una cierta relevancia, al menos en cuanto toma de conciencia de la posibilidad de acción, ya que es la movilidad social la que permite conocer lo involucrado existencialmente en corrientes de simpatía y solidaridad, tanto entre conocidos como entre extraños. En *El animal público* se reconoce que la calle, en cuanto ejemplificación verificable de dicho espacio, ha podido ser el escenario de la desintegración de los más elementales vínculos sociales. Ahora bien, no deja de ser cierto,

¹³ Las implicaciones de lo connotado por el concepto de identidad en cualquiera de sus manifestaciones han sido desenmascaradas y deconstruidas por el pensamiento postestructuralista, conforme lo ha advertido **Dunn, Robert G.** en *Identity Grises. A Social Critique of Postmodernity*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1998.

por otro lado, que la calle suele favorecer la producción de contextualizaciones favorables tanto a las emancipaciones liberadoras como a los camuflajes carnalescos, resistentes a dominaciones impuestas. Acaso semejante espacio vacío sea un ejemplo de lo que Delueze y Guattari en *Plateaux* han denominado tierra, sin territorio, en donde cada cual merece la formidable posibilidad de no ser sino lo que desee, teniendo la oportunidad de convertirse hasta en sombra de sí mismo o de los demás, inserta en el límite existencial que separa el ámbito de la positividad contrastable y el del anonadamiento provocado por un cerco hermético e incomprensible, convertido en el objeto de numerosas y variadas reflexiones filosóficas llevadas a cabo por Eugenio Trías en *Los límites del mundo*, *La aventura filosófica*, *Lógica del límite*, *La edad del espíritu* y *La razón fronteriza*. El sentimiento de extrañeza provocado por dicha condición limítrofe afecta a todos los personajes merodeadores y nómadas que transitan, atravesando el espacio urbano, al que han sido arrojados, tal vez como consecuencia de condicionamientos sociales incontrolables en modo absoluto. Ante esta falta de baluarte y de defensa protectora, el espacio urbano acaso favorezca el establecimiento de cualquier modalidad de consenso social no alienante, en el que no haya imposiciones ni tampoco se niegue la voz al que desee expresar sus propias creencias y emociones, aun en medio de las inevitables aporías surgidas de forma espontánea y hasta imprevista. Delgado reconoce que, de hecho, es en la calle donde se viven y hasta se pueden resolver las contradicciones provocadas por el encuentro de la familiaridad y la sorpresa, la distancia y la intimidad, la privacidad y el compromiso. La integración de tales incompatibilidades puede implicar todavía un mayor incremento tanto de la conciencia de las posibilidades de acción como de la propia movilidad orientada a traspasar las imposiciones del orden establecido y el dominio de lo estructurado rígida, unívoca y orgánicamente. Es en el espacio urbano donde se producen las circunstancias propicias para que se lleve a cabo tal tarea emancipatoria, de carácter liberador, abierto e incesante.

A la hora de recapitular brevemente lo que precede, conviene hacer resaltar una vez más que el discurso argumentativo seguido en *El animal público* pone en evidencia que el espacio urbano, caracterizado por la movilidad continua, la incertidumbre persistente y el

frenetismo generalizado, desempeña una función carnavalesca desestabilizadora del orden impuesto opresoramente, por un poder establecido que se encamina de forma progresiva al control absoluto de todo. Los personajes que merodean ese espacio no necesariamente son susceptibles de ser considerados como muestras de ejemplo de lo incluido dentro de la categoría de muchedumbre indiferenciada, portadora tanto del mal gusto como de la vulgaridad concomitante a éste. A dicho respecto se precisa advertir que la ausencia de espíritu crítico que en *La rebelión de las masas* Ortega y Gasset atribuía a tal colectivo humano no es, en modo alguno, un atributo insoslayable e inherente al comportamiento de los múltiples personajes que atraviesan imprevistamente un espacio público irreductible a estructuración totalitaria. Ahora bien, se precisa reconocer que ambos raciocinios ensayísticos, el de Ortega y el de Delgado, se proponen arrojar luz sobre sendos fenómenos sociológicos verificables, es decir, el de la irrupción de las multitudes en espacios indiferenciados, por un lado, y, desde otra perspectiva, el papel subversivo de personajes concretos que desde tales espacios se resisten a ser absorbidos uniformemente por las demandas de un poder cuya finalidad parece consistir en no dejar nada fuera de su control totalitario. Esta segunda orientación argumentativa es la desarrollada en *El animal público*, aludiendo a múltiples manifestaciones concretas y a muestras determinadas del comportamiento individual o colectivo dentro del contexto sociopolítico de una tardomodernidad de la que no han podido ser eliminados en su totalidad ni el conjunto de sus impulsos imaginarios ni tampoco ciertas reservas liberadoras, dispuestas siempre a dejar constancia de su existencia y efectividad.

FRANCISCO JAVIER HIGUERO
Wayne State University

OBRAS CITADAS

- Aranguren, José Luis.** *Moral de la vida cotidiana. personal y religiosa.* Madrid: Tecnos, 1987.
- Arendt, Hannah.** *The Human Condition.* Chicago: University of Chicago Press, 1958.
- *The Origins of Totalitarianism.* San Diego: Harcourt Brace, 1966.
- Argullol, Rafael.** *Territorio del nómada.* Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Bakhtin, Mikhail.** *Rabelais and His World.* Bloomington: Indiana University Press, 1984.
- Berger, Peter L.** *Facing up to Modernity: Excursions in Society. Politics and Religion.* New York: Basic Books, 1997.
- *Invitation to Sociology: A Humanistic Perspective.* Woodstock, NY: Overlook Press, 1973.
- Bergson, Henri.** *La evolución creadora.* Madrid: Espasa Calpe, 1973.
- *La energía espiritual.* Madrid: Espasa Calpe, 1982.
- *El pensamiento y lo moviente.* Madrid: Espasa Calpe, 1976.
- Certeau, Michel de.** *The Practice of Everyday Life.* Berkeley: University of California Press, 1984.
- *Heterologies. Discourse on the Other.* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- *Culture in the Plural.* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997.
- Cortina, Adela.** *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía.* Madrid: Alianza, 1998.
- *Los ciudadanos como protagonistas.* Barcelona: Círculo de Lectores, 1999.
- Delgado, Manuel.** *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos.* Barcelona: Anagrama, 1999.
- *The Fold.* Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.
- *Lógica del sentido.* Barcelona: Paidós, 1994.
- Deleuze, Gilles. Felix Guattari.** *Mille Plateaux.* Paris: Minuit, 1980.

- Descartes, René.** *Discourse on Method and the Meditations*. Baltimore: Penguin Books, 1971.
- Díaz, Carlos.** *Intensamente. cotidianamente*. Madrid: Ediciones Encuentro, 1983.
- Gómez de Liaño, Ignacio.** *La mentira social*. Madrid: Tecnos, 1989.
- Habermas, Jürgen.** *L'espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive*. Paris: Payot, 1978.
- Hegel, G. W. F.** *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.
- Heidegger, Martin.** *El ser y el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1951.
- *¿.Qué es metafísica?* Madrid: Cruz y Raya, 1951.
- Jacobs, Jane.** *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Modern Library, 1993.
- Kant, Immanuel.** *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara, 1978.
- Marina, José Antonio.** *Elogio y refutación del ingenio*. Barcelona: Anagrama, 1992.
- Nietzsche, Friedrich.** *El gay saber*. Madrid: Narcea, 1973.
- *Ecce Homo*. Madrid: Alianza, 1971.
- Ortega y Gasset, José.** *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe, 1966.
- Turner, Victor.** *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI, 1981.
- Popper, Karl.** *The Open Society and its Enemies*. Princeton: Princeton University Press, 1950.
- Remy, J. Voyer, L.** *La ville: vers une nouvelle définition?* París: L'Harmattan, 1992.
- Sádaba, Javier.** *Saber vivir*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1984.
- Sennet, Richard.** *Oligarchy in Colonial American Politics*. New York: Pageant Press, 1968.
- Subirats, Eduardo.** *La cultura como espectáculo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Thiebaut, Carlos.** *Los límites de la comunidad*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1992.

– *Vindicación del ciudadano. Un sujeto reflexivo en una ciudad compleja.* Barcelona: Paidós, 1998.

Trías, Eugenio. *Los límites del mundo.* Barcelona: Ariel, 1983.

– *La aventura filosófica.* Madrid: Mondadori, 1988.

– *Lógica del límite.* Barcelona: Destino, 1991.

– *La razón fronteriza.* Barcelona: Destino, 1999.

– *La edad del espíritu.* Barcelona: Destino, 1994.